

La primera experiencia global*

JOSÉ ÁNGEL ACHÓN INSAUSTI
Universidad de Deusto

Resumen:

La celebración del V Centenario de la primera circunnavegación se produce en un contexto de incertidumbre ante los impactos que la globalización actual está provocando en nuestras vidas. También en un contexto de auge de la global history, como contribución de los historiadores a la reflexión sobre esas incertidumbres e impactos.

En esa línea, este artículo lanza una mirada a las consecuencias de la primera circunnavegación, considerada como momento cumbre de lo que se ha denominado primera globalización o primera experiencia global, y reflexiona sobre lo que esa primera experiencia histórica puede aportar para una mejor comprensión de las actuales dinámicas globalizadoras.

Palabras clave: Renacimiento. Globalización. Elcano. Magallanes. Urdaleta. Primera vuelta al mundo. Siglo XVI. Historia del País Vasco. Modernidad. Global History. Territorialización.

(*) Conferencia impartida en el Museo San Telmo el 8 de mayo de 2018. Hemos mantenido el texto preparado para la misma añadiendo las referencias imprescindibles. Sobre los autores que se van citando a lo largo del texto, véase la bibliografía final. Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España HAR2017-84226-C6-5-P “Los cambios en la modernidad y las resistencias al cambio. Redes sociales, transformaciones culturales y conflictos. Siglos XVI-XIX”, y forma parte de las investigaciones que desarrollo en el equipo “Estudios Vascos”, reconocido y financiado por la Universidad de Deusto.

Laburpena:

Gaur egungo globalizazioak gure bizitzan eragiten dituen inpaktuei buruzko ziurgabetasun-testuinguru batean gaudela egokitu zaigu lehen mundu biraren V. mendeurrena. Bai eta global history delakoak gora egin duen garaian ere, historialariek zalantza eta inpaktu horiei buruzko hausnarketarako egindako ekarpen gisa.

Ildo horretan, artikulu honetan lehen mundu biraren ondorioak aztertzen dira, hau da, lehen globalizazio edo lehen esperientzia globala deitutakoaren une goren haren ondorioak, eta gainera, gogoeta egiten da zer ekarpen egin dezakeen lehen esperientzia historiko hark egungo globalizazioen dinamikak hobeto ulertzeko.

Gako-hitzak: Errenazimentua. Globalizazioa. Elcano. Magallanes. Urdaneta. Lehenengo bira munduari. XVI. mendea. Euskal Herriko historia. Modernitatea. Global History. Territorializazioa.

Summary:

The fifth centenary of the first circumnavigation of the globe takes place against a backdrop of uncertainty around the impacts that current globalisation is having on our lives. Global history, in form of historians' contribution to the reflection on these uncertainties and impacts, is also on the rise.

In this context, this paper examines the consequences of the first circumnavigation of the globe —considered a peak of what has been called the first globalisation or the first global experience— and reflects on what that first historical experience may bring to enabling a better understanding of current globalising dynamics.

Keywords: Renaissance. Globalisation. Elcano. Magellan. Urdaneta. First circumnavigation of the world. 16th century. History of the Basque Country. Modernity. Global History. Territorialisation.

1519: La primera experiencia global y la “otra” modernidad

Quizá, una de las novedades más características de la actual conmemoración de la expedición de Magallanes-Elcano sea su ubicación en el debate historiográfico acerca de la *global history* y en las discusiones acerca de lo que podemos denominar primera globalización o, todavía mejor, primera

experiencia global. En ellas, algunos autores como Gruzinski o Sloterdijk han situado al citado viaje como epicentro de una transformación de largo alcance. Esto es un cambio ciertamente radical respecto a algunas concepciones que todavía predominaban en el siglo XX, que minimizaban el efecto de dicha expedición, como aquella de Mousnier que la calificó como “proeza deportiva de mediocre interés comercial”¹.

Este cambio obedece, evidentemente, a que estamos metidos de bruces en un fenómeno globalizador que está impactando fortísimamente en nuestras vidas cotidianas. Decisiones que se toman a miles de kilómetros nos influyen de manera determinante y parece que el mundo entero va comportándose como un “sistema” frente a una etapa anterior donde cada estado formaba —en buena parte— un sistema propio por mucho que tuviera relaciones externas. Es decir, lo que ocurre en el interior de unas fronteras, no se explica ya sólo por factores internos a esas fronteras, y esto llega a tal nivel que ya no se puede estudiar la economía o la sociedad de un país recurriendo sólo a factores endógenos, como ha argumentado, entre otros, Ulrich Beck.

Este panorama nos llena de incertidumbres acerca del futuro y por eso nos preguntamos por él. Y también nos preguntamos por su origen: cómo surgió, para qué, qué fuerzas lo impulsaron, etc. De la misma manera que nos preguntamos en qué momento el mundo entero —y no cada uno de sus componentes— comenzaron a formar un sistema interrelacionado, en qué momento, en suma, podemos empezar a hablar de una historia global.

Los historiadores hemos recogido el mensaje de nuestro presente y, preocupados como los demás ciudadanos por nuestras incertidumbres y por nuestro futuro, nos lanzamos a contribuir con aquello que nos es más propio, con una reflexión sistemática sobre nuestras experiencias. Como seres humanos ¿qué hemos hecho cuando se han ampliado hasta límites insospechados los espacios en los que somos capaces de movernos y de comunicarnos? ¿o cuando hemos vivido una época de cambios tecnológicos acelerados? ¿o cuando se han transformado nuestros conceptos acerca de la naturaleza, de la Creación o del propio ser humano? ¿o cuando se han redimensionalizado los espacios políticos? ¿o cuando se ha incrementado exponencialmente la movilidad de las personas?

Y rebuscar en estas experiencias ¿para qué? Parafraseando a Koselleck, diríamos que quienes esperen encontrar respuestas obtenidas directamente de

(1) Recogida y criticada por BENNASSAR, B. *La América española y la América portuguesa*, Madrid 1985, Sarpe, p. 62.

sus experiencias se equivocan, pero quienes construyen su futuro al margen de las mismas, también. El estudio de nuestras experiencias no nos permitirá deducir directamente las soluciones a nuestros problemas, pero nos permitirá afrontarlos cargados de criterio, con más conciencia de lo que queremos hacer.

Esto es lo que nos ha llevado de vuelta al Renacimiento, más concretamente al siglo XVI y a esas expediciones como la protagonizada en 1519-22 por Magallanes-Elcano. No es casualidad, pues el momento es muy propicio para las comparaciones. Si yo les hablase de una época en la que el ser humano, al calor de una revolución tecnológica, se interroga por el alcance de su razón y de la ciencia, incrementa exponencialmente su movilidad, adapta sus estructuras económicas y políticas a nuevos horizontes de alcance mundial, reconsidera sus percepciones acerca de la identidad colectiva y de las relaciones con el “otro”, se plantea cómo educar a las personas ante tanta transformación e incertidumbre y quiere responder con creatividad e innovación a los nuevos retos... ¿de qué época creen que les estaría hablando? ¿del XVI o del XXI? De las dos. Así que, efectivamente, parece un momento adecuado para recoger nuestra experiencia como seres humanos en torno a esos problemas.

Todos estos temas han sido analizados por los historiadores de manera sistemática con el nuevo milenio. Evidentemente, antes se había hablado ya mucho de los descubrimientos, del Renacimiento, de la expansión de Europa, de la economía-mundo, etc., pero ahora la interpretación que se hace adquiere unos matices nuevos. Tradicionalmente, se había asociado al Renacimiento con la modernidad queriendo ver allí algunos antecedentes de nuestra sociedad: el individuo, el estado, la burguesía, el capitalismo, el laicismo... Esta tesis que tiene su origen en las obras de Burckhardt, a mediados del siglo XIX, ha sido puesta en entredicho por la investigación histórica. A veces nos entusiasmos detectando novedades y caemos en el pecado del anacronismo, suponiendo que, por ejemplo, donde vemos incremento de las operaciones comerciales ya podemos hablar de capitalismo, o que donde detectamos grupos sociales urbanos mal encajados en un orden estamental ya podemos hablar de burguesía en un sentido parecido al nuestro. La investigación histórica de los últimos decenios ha demostrado que difícilmente el Renacimiento puede ser considerado “moderno” porque los coetáneos pensasen en términos de burguesía, individuo, estado o capitalismo. De hecho, cualquier innovación de esta época tuvo sus límites, incluidas las que hoy vamos a tocar. Ninguna llegó a transformar la cosmovisión de fondo —trascendente, de origen divino— ni alteró una cultura social que seguía teniendo como norte la jerarquía y no la igualdad.

Seamos, pues, prudentes, evitemos innecesarios anacronismos, y partamos de un Renacimiento que no es tanto una ruptura brusca como una época de tránsito, de ebullición y convivencia de ideas tradicionales y nuevas, con características cuyas raíces se hunden en pleno Medioevo y con otras que apuntan a lo que sólo se consolida muchos siglos después, sabiendo que las innovaciones todavía no generaron un cambio brusco de paradigma, que todas ellas se interpretaron en el marco de una cosmovisión trascendente (cristiana) y ordenada (estamental), y en la que los grupos sociales tenidos por más innovadores (comerciantes, “burguesía” urbana...) tenían como expectativa social acercarse a la nobleza, siquiera en sus estratos más modestos, es decir, a aquel status que no tenían por nacimiento.

Con estas precauciones, es legítimo preguntarse por las innovaciones, por aquello que —aun teniendo claras raíces medievales y aunque se interprete en el marco de una cultura tradicional— “comienza” en el sentido de que se acelera de tal manera que irrumpe en la vida cotidiana de las personas y, esto lo sabemos hoy, ya no tendrá vuelta atrás. Por ejemplo, es natural que nos interroguemos acerca de la evolución de las monarquías en el siglo XVI y, sabiendo como sabemos hoy que son un antecedente de nuestros estados, analicemos qué elementos de esa evolución preparan el camino hacia la estatalización de la política, aunque los contemporáneos, como es lógico, no fuesen conscientes de ello ni dieran a sus acciones y expectativas políticas un sentido estatalizante. E igualmente, podemos preguntarnos por el comienzo de lo que podríamos llamar una concepción del mundo a escala planetaria, por el inicio de una historia en la que ese mundo se percibe en su totalidad y las partes que lo componen aparecen como “mundos conectados”, aunque esa totalidad esté todavía muy lejos de formar un “sistema” y los contemporáneos sigan teniendo un horizonte de acción primordialmente local.

Esto es lo que comienza —se acelera, se multiplica...— con Colón, con Magallanes y Elcano, y con el resto de expediciones de la época: la percepción del globo en su totalidad y de las partes que lo componen como mundos conectados. Y nuestro interés procede también del hecho de que el impacto que todo esto tuvo no quedó restringido a unos pocos expedicionarios —una parte ínfima de la población— o a los algo más numerosos emigrantes que siguieron a las expediciones, sino que también incidió en las vidas cotidianas de los que permanecieron en su localidad. Esta es la gran diferencia con viajes y experiencias anteriores: las expediciones del XVI modificaron no sólo la percepción del mundo, sino que también obligaron a las comunidades locales a verse, definirse y organizarse no sólo en sí mismas sino como parte de un mundo más amplio.

Por ello, y con todas las precauciones arriba indicadas, aunque no podamos hablar de globalización en sentido estricto, sí al menos podemos hacerlo de una primera “experiencia global”, o de un “desenclavamiento” del mundo (Sallmann), o del inicio de una “historia conectada” (Imízcoz). Este es el fenómeno central que ha permitido a algunos pensadores como el filósofo alemán Peter Sloterdijk decir que “en 1519 comienza la historia que hoy seguimos escribiendo” o a historiadores como el francés Serge Gruzinski hablar de “la otra modernidad” —para confrontar esta “hispana” a la tradicional “eurocéntrica”, centroeuropea o anglosajona, la del racionalismo y el estado-nación westfaliano— caracterizada por el inicio de la convergencia entre fuerzas locales y globales, aquella en la que “las partes del mundo se transforman al entrar en contacto unas con otras” y en la que “la movilización de los hombres y las cosas adopta una escala planetaria”².

El impacto de la primera experiencia global

Establecido el marco en el que debemos entender esta primera globalización sigamos adelante: ¿en qué aspectos concretos podemos decir que esta primera experiencia modificó comportamientos y expectativas de los actores sociales? Vamos a examinar tres, aun sabiendo lo mucho que dejamos de lado. En concreto:

1. Las vivencias de estas expediciones permitieron a sus protagonistas experimentar e interiorizar muchas de las reflexiones que los filósofos y humanistas llevaban elaborando desde Santo Tomás, y que afectaban al valor del ser humano, a la capacidad de su voluntad, a su relación con el Creador y con la naturaleza y a la posibilidad de conocer, representar y dominar ésta.
2. Los cambios —quizá los más “revolucionarios”— en la concepción del espacio y sus consecuencias, a veces aparentemente paradójicas. En concreto, y siguiendo a Conrad, examinaremos cómo se realimentaron, a la vez, lógicas territorializadoras y desterritorializadoras, lógicas de enclavamiento y de apertura, cómo ello puso en primer plano la actualización de los sentimientos de pertenencia a comunidades territoriales (ya fuesen casas, villas, o provincias) y cómo ello obligó a

(2) SLOTERDIJK, P. “El mundo sincronizado. Aspectos filosóficos de la globalización”, en *¿Qué sucedió en el siglo XX?* Madrid 2018, Siruela, p. 56. GRUZINSKI, S. *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México 2010, Fondo de Cultura Económica p. 93 y 81 respectivamente.

éstas a “conectarse” —a tejer “redes”— para situarse y “estar” en ese mundo concebido a escala planetaria.

3. Las contradictorias conclusiones del primer —más allá de cruzadas y reconquistas— contacto masivo con “otros” (los no cristianos pero tampoco infieles) y, como dice Gruzinski, de las primeras mezclas y de las primeras barreras que se levantan para evitarlas. Por cierto, también habrá que notar que de esas experiencias de contacto se deriva el dominio planetario de una Cristiandad que, sin embargo, se fracciona, se rompe en mil pedazos y se convierte poco a poco en Europa.

Experiencias viajeras y concepción del ser humano

Siempre he pensado que los grandes cambios que se producen en el Renacimiento vienen alentados por una profunda transformación en la concepción de las relaciones entre Dios y el ser humano: del Pantocrator medieval al Dios de Miguel Angel. Y siempre he sospechado que tras la representación de la Capilla Sixtina estaban pensamientos como los de Marsilio Ficino y, sobre todo, el de Pico y su *Oratio* —el “manifiesto del Renacimiento”—. La inversión de papeles es significativa. Del Dios que todo lo dirige como Creador omnisciente —el que premia y castiga como un señor y envía a sus santos para ganar batallas— al Dios que —parafraseando a Sloterdijk— da por terminada la primera semana de la Creación con el Hombre, pero le deja —le ordena— que tome la iniciativa, que admire lo creado y lo organice y domine, dejándole el protagonismo de lo que podríamos llamar la “segunda semana” de la Creación. Un Dios que ha concluido su labor como Creador dando forma a un ser creativo, dotado de creatividad, inferior a él pero autónomo, capaz de dirigir su propia historia y responsable de la misma, tan libre que podrá elegir entre acercarse a lo divino materializando este impulso creativo, o permanecer en la animalidad rechazándolo.

¿Qué tiene esto que ver con nuestros viajeros? Mantengo que, sin necesidad de haber leído ni a Pico ni a Ficino, la vida en estas expediciones condujo a nuestros protagonistas a desarrollar una concepción de las capacidades del ser humano bien cercana a la promovida por aquellos. Una concepción en la que el hombre activo vuelve a recuperar un protagonismo perdido desde los tiempos clásicos. Y una concepción en la que la voluntad humana de situarse en el centro de la Creación se materializa en la actitud observadora, curiosa, científica, que protagonizaron muchos de estos viajeros. Una auténtica “revolución de la experiencia”, como la calificó Da Silva Dias, pues se trataba de un conocimiento empírico, alejado del saber más abstracto y deductivo que

predominaba en los ámbitos universitarios. Esa actitud curiosa y observadora se trasluce claramente en muchas de las crónicas y diarios que los expedicionarios escribieron en sus viajes.

Uno de estos textos —en el que me apoyaré varias veces en esta conferencia— es la *Relación* que escribió Andrés de Urdaneta del viaje de Jofre García de Loaysa. Recordemos que esta fue la expedición promovida en gran parte por Elcano tras regresar de la primera circunnavegación, y en la que finalmente el marino de Getaria moriría.

Pues bien, el texto de Urdaneta es un magnífico ejemplo de las ideas que acabamos de exponer. Por un lado, de esa actitud activa a la que obligaban las múltiples dificultades por las que atravesaban los viajeros y que invitaban a reconsiderar —por fuerza horca— lo que concernía a Dios y lo que era competencia humana. Es curioso el episodio en el que Elcano recrimina a sus marineros que —ante el riesgo de embarrancar— opten por rezar en lugar de por trabajar:

“La nao Anunciada comenzó a garrar de tal manera que ya íbamos a dar al través sobre unos barrancos, a donde no podíamos escapar ninguno de nosotros, aunque fuera de día; y estando toda la gente pidiendo misericordia, llegó Juan Sebastián d’Elcano e dijo a Pedro de Vera que esforzase la gente para que trabajasen en lo que les mandasen, e que, con ayuda de Dios, él escaparía la gente y la nao si ellos quisieran trabajar como buenos marineros, porque él tenía tomada por la aguja la punta de una playa...”³.

No va a intervenir ningún arcángel ni ningún Santiago oyendo las súplicas de los marineros; es el conocimiento de Elcano el que les salvará. Sin despreciar la ayuda de Dios es él y no Él quien “escaparía” la nao. Se trata, además, de un tipo de conocimiento que comenzaba a ser exigible y su falta denunciante, como cuando Urdaneta critica al propio Elcano y a los que habían estado antes en el Estrecho de Magallanes por haber quedado encallados: “A la verdad fue muy gran ceguera de los que primero habían estado en el Estrecho, en demás de Juan Sebastián d’Elcano que se le entendía cualquiera cosa de la navegación, que en la sonda se podía conocer muy bien”⁴.

(3) URDANETA, A. de. “Relación del viaje del Comendador García de Loaysa a las Islas de la Especería o Molucas en 1525, y sucesos acaecidos en ellas hasta el de 1535”, en Uncilla y Arroita Jauregui, F. de. *Urdaneta y la conquista de Filipinas*, San Sebastián 1907, Imprenta de la Provincia, p. 325.

(4) *Ibid.*, p. 323.

De manera que el viajero está obligado a observar y a anotar, a conocer el medio que le rodea previendo que no va a ser la última vez que pase por allí. Una curiosidad en la que se adivina un empirismo precientífico que el propio Urdaneta practica con profusión anotando de manera precisa latitudes y longitudes y añadiendo observaciones prácticas para futuros navegantes. Su texto abunda en descripciones como la siguiente:

“Llegando a esta punta, pasando este puerto, hay una punta a una legua de este y se corre una punta con otra este oeste y así como doblas esta punta, descubres este cabo del puerto de la Sardina. Llámase este cabo del Descanso y así de esta punta al puerto de la Sardina hay tres leguas y corresenos oeste sudeste cuarta del este oeste, y a una legua de camino hallarás un valle grande y en derecho de este valle está una isleta pequeña, y a cuarto de legua de tierra y de este valle sale un río de agua dulce y junto con tierra, en derecho de este cabo de este río, está una isleta pequeña en la costa del sudoeste; se hacen muchas entradas y señales de grandes bahías y puertos”⁵.

Demostrándonos por tanto, ya desde muy joven, esa actitud que le llevará en el futuro a descubrir la ruta del tornaviaje. Esta actitud práctica y empirista no está reñida con otro tipo de curiosidad, más admirativa, como si Urdaneta fuese plenamente consciente de que el mandato divino no era sólo el de situarse en el centro del mundo para dominarlo sino también para contemplar la Creación y admirarla, por lo que siembra su *Relación* de apuntes sobre todo aquello que le resulta nuevo y le impresiona, como cuando descubre los peces voladores:

“En todo este golfo, desde que pasamos a Cabo Verde, había mucha pesquería, e cada día veíamos una cosa o pesquería la más fermosa de ver que jamás se vio; y es que hay unos peces mayores que sardinas, los cuales se llaman voladores, por respecto que vuelan como aves en el aire, bien un tiro de pasamano, que tienen alas como casi de murciélago aunque son de pescado, y éstos vuelan y andan a manadas; y así hay otros pescados tan grandes como toninos, que se llaman albacoros, los cuales saltan fuera del agua bien longura de media nao”⁶.

En suma, el viaje —y lo que promete— inducen a un nuevo tipo de actitud que está en el embrión de una mirada científica. Como ha dicho Isabel Soler es una mezcla de realidad y reflexión, un impulso que genera a la vez movimiento y contemplación. Es indudable que, sin necesidad de leer ningún

(5) *Ibid.*, pp. 338-339.

(6) *Ibid.*, pp. 321-322.

libro filosófico, este tipo de experiencias producen —y denotan que se ha producido— un exponencial crecimiento de la confianza en las fuerzas y en la voluntad del ser humano. Y muestran asimismo un convencimiento de que en hacer uso de esa voluntad y de esa confianza está la esencia del mandato divino.

Además, debemos considerar el impacto que causaron todas estas hazañas incluso entre los que no participaron. Sus relatos, orales o escritos, no podían sino causar un asombro inenarrable dada la magnitud de los desafíos, el riesgo asumido y, sobre todo, el éxito conseguido. El tono épico es manifiesto en muchos relatos como el del portugués Fernao Lopes de Castanheda: “...sin ver más que agua y cielo, rodeando toda la esfera, cosa nunca acometida por mortales, ni siquiera imaginada que se pudiera hacer...”. Pedro de Mexía escribía en su *Coloquio del sol*: “Esta excelencia y preeminencia, entre otras muchas, tuvo Dios guardada para el emperador, que se hiciese en su tiempo y por su mando lo que los hombres nunca habían hecho ni aun bien entendido, después que Dios creó el mundo, y cosa de que muchos sabios antiguos dudaron que era posible”⁷. No es imposible —de hecho fue muy posible— que el que escuchaba las frecuentes exageraciones que acompañaban a los relatos —luego volveremos sobre ello— alimentase con imaginación extra lo contado; también los propios cronistas contribuirían a ello llenando con fantasía las múltiples interrogantes y vacíos que las experiencias del viaje les habían dejado. Juan Gil ya demostró que el propio Colón cree “ver” en su primer desembarco los animales y paisajes que había relatado Marco Polo, convencido de estar en Cipango. De hecho, el dominio de la naturaleza por parte del ser humano siempre se ha expresado a través de mitos, antes de que la mentalidad científica fuese parte de nuestro legado cultural. Pero ahora el convencimiento de que el ser humano era capaz de vencer a la naturaleza se multiplicó. ¿Cómo no iba a hacerlo tras los relatos de penurias superadas que contaban los supervivientes? Veamos, para terminar este punto e ilustrar dichas penurias, un par de ejemplos de la misma *Relación* de Urdaneta que hacen referencia a las condiciones higiénicas:

“En estos tiempos hacía muy grandes nieves e frío, que no había ropas que nos pudieran calentar. A las noches eran tantos los piojos que se criaban que no había quien se pudiese ler(sic). Por cierto, un gallego murió que todos tuvimos por averiguado que los piojos le ahogaron, que no le

(7) Textos tomados de FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Carlos V. *Un hombre para Europa*, Madrid 1999, Espasa-Calpe, p. 133. La cita de López de Castanheda en SOLER, I. *El nudo y la esfera: el navegante como artífice del mundo moderno*, Barcelona 2008, Acanalido, p. 153. Su idea de que el viaje es una mezcla de realidad y reflexión en *Ibid.*, p. 152.

podimos escapar de ellos: limpiáronle muy bien e metiéronle en una pipa abierta con vestidos limpios, y al tercer día yo le vi que ni él ni la pipa parecían sino los vueltos todos cubiertos de piojos muy grandes; e así murió”.

Y a la lucha contra la mala mar:

“La mar andaba tan grande que pasaba muchas veces más alto que por la mitad del mástil, que no había hombre que se pudiese mover de donde estaba e como la nao encalló algunos marineros e soldados viendo que cuando la resaca volvió toda la nao quedó en seco comenzaron a saltar de la nao, e de diez que así saltaron no escapó más de uno que la mar les alcanzó y los metió debajo de la nao; los más de ellos les hizo pedazos y los otros se ahogaron no pudiendo salir”⁸.

Territorios, redes y sentimientos de pertenencia

El segundo proceso de transformación es aparentemente paradójico. Lo enunciaré diciendo que la ampliación de los horizontes espaciales de existencia generó paralelamente la reafirmación de los espacios locales. Pero vayamos con orden.

El descubrimiento de la “cuarta parte” del mundo ya fue un hecho que produjo una notable conmoción y mucho más al irse descubriendo sus auténticas dimensiones. Pero otro momento clave se produjo cuando Elcano y Pigafetta informaron que, tras superar el estrecho de Magallanes, se adentraron en un inmenso aunque pacífico mar y —aun en condiciones ventajosas pues siempre tuvieron viento a favor y no sufrieron tormentas— estuvieron tres meses y 20 días sin ver tierra alguna. Oigamos a Pigafetta:

“El miércoles 28 de noviembre de 1520 nos desencajonamos de aquel estrecho, sumiéndonos en el Océano Pacífico. Estuvimos tres meses sin probar clase alguna de viandas frescas. Comíamos galleta: ni galleta ya, sino su polvo, con los gusanos a puñados, porque lo mejor habíanselo comido ellos; olía endiabladamente a orines de rata. Y bebíamos agua amarillenta, putrefacta ya de muchos días, completando nuestra alimentación los cellos (aros) de cuero de buey que en la cofa del palo mayor protegían del roce a las jarcias; pieles más que endurecidas por el sol, la lluvia y el viento. Poniéndolas al remojo del mar cuatro o cinco días y después un poco sobre las brasas se comían no mal; mejor que el serrín, que tampoco despreciábamos”⁹.

(8) URDANETA, *Relación*, op. cit., pp. 333 y 323 respectivamente.

(9) PIGAFETTA, A. *Primer viaje alrededor del mundo*, ed. de Leoncio Cabrero, Madrid 1985, Historia 16, pp. 75-76.

Es Elcano quien saca las conclusiones oportunas, a su llegada: “lo que más avemos de estimar y tener es que hemos descubierto e redondeado toda la redondeza del mundo, yendo por el ocidente e viniendo por el oriente”¹⁰. Pero ni siquiera Elcano ni Pigafetta eran conscientes de hasta qué punto habían revolucionado la tradicional concepción del espacio planetario. Y no me refiero sólo a la comprobación definitiva de la esfericidad de la Tierra, sino al hecho de que ésta no se componía esencialmente de tierra sino de mar y de que, en realidad el propio nombre de Tierra resultaba paradójico, e incluso de que “continentes” lo eran los océanos más que las propias porciones de tierra, pues aquéllos ocupaban $\frac{3}{4}$ partes de la superficie.

Esto supondrá el impulso definitivo a una visión del espacio en la que el mar ya no será sólo la “nada”, el “vacío” o el espacio del mal. El hombre medieval veía el mundo como compuesto por una serie de puntos de referencia, lugares habitados, los únicos donde se sentía seguro. El resto era lo desconocido, lo que daba miedo porque superaba las capacidades humanas: el mundo del bosque, de los dragones y otros seres fantásticos, y del miedo a los mares abiertos. Pero a partir de ahora —aunque lentamente— esto cambiará. El espacio se concebirá como totalidad, ya no como suma de referencias, los que antes daban miedo se convertirán en espacios de encuentro, conquista y comunicación. Y de esa percepción derivará rápidamente otra conclusión: los océanos se convertirán en el soporte necesario de los asuntos globales y las “tierras” en mundos conectados¹¹.

No se trataba sólo una revolución conceptual, sino que tenía efectos muy pragmáticos y que impactaban en la vida cotidiana. Porque lo que antes era pura exterioridad ahora irrumpía en la vida local. Nada quedaba inmune a este replanteamiento espacial. Las grandes formaciones políticas que se estaban disputando la cabeza de la Cristiandad complementaron su competición en el espacio europeo con otra de alcance planetario, convirtiéndose en imperios, repartiéndose o disputándose mares y tierras conocidas y desconocidas, debatiendo si los mares debían ser espacio abierto o cerrado, y buscando el apoyo de la Iglesia para evangelizar los nuevos mundos. Francisco I se tituló “rey cristianismo”; Fernando e Isabel “católicos”, es decir universales; Manuel I de Portugal tomó la divisa “Manuel Rex Orbis est”; Carlos V modificará la

(10) El documento, custodiado en el Archivo General de Indias, puede consultarse en <https://www.meecd.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/archivos/agi/destacados/documento-elcano.html>.

(11) Sobre estas concepciones acerca del mar deben consultarse las obras de SOLER, I. *El nudo*, op. cit., pp. 95-96 y SLOTERDIJK, P. *Esferas II. Globos. Macrosferología*, Madrid 2004, Siruela, pp. 729-730.

suya tornándola en “Plus Ultra”, anunciando su intención de convertirse en un *dominus mundi*, un Emperador del Viejo y del Nuevo Mundo. Garibay —cronista de Felipe II— llegará a escribir al comienzo de su *Compendio Historial*, que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo había sido el acontecimiento más señalado de la historia de la humanidad tras la venida de Cristo.

En suma, estamos en una época en la que las relaciones entre espacio y política se reconsideran radicalmente. Y, como no podía ser menos, esta dinámica impacta en la vida local porque todo el mundo debe reposicionarse, buscar su sitio en el nuevo marco de relaciones. Como dice Gruzinski, la percepción de la inmensidad física del globo y el desenclavamiento del mundo crearon, como contrapartida, el ensalzamiento de lo local, de la patria. A veces, ocasionando fortísimos “repliegues identitarios” sobre el solar propio y el culto a la tradición y a los antepasados. No es casualidad que sea ésta la época en la que se multiplican clichés y tópicos sobre gentes de diferentes naciones¹².

En el entorno vasco, la década de los 20 es pródiga en sucesos muy significativos: la proclamación de Carlos V, los conflictos tras su llegada, los acontecimientos de 1520 —cuyo impacto en nuestras tierras ha estudiado con precisión Iago Irijoa—, la vuelta de Elcano arrastrando a muchos guipuzcoanos a su siguiente viaje, las guerras de Italia a las que acuden numerosos vascos al servicio de la monarquía, la fractura de la Cristiandad que focaliza las lealtades políticas en torno a las grandes opciones monárquicas, etc.

La política se desarrolla ahora en un teatro mundial y eso impacta también en los diferentes territorios que deben posicionarse ante el nuevo escenario. ¿Es casualidad que en esos mismos años se aprueben el Fuero Nuevo de Vizcaya (1526) y se reafirme la hidalguía universal de los guipuzcoanos (1527) o que el primer intento —fracasado— de recopilación foral en Guipúzcoa sea de 1529? Es indudable que estos acontecimientos tienen una explicación en la propia dinámica interna —aspecto que conocemos y hemos estudiado sobradamente— pero creo que ese proceso interno ahora se ve azuzado, acelerado si se prefiere, por lo que viene de fuera, por la necesidad de reafirmar el propio territorio ante el cambio al escenario global. La participación en la construcción de una monarquía católica de alcance mundial no podía hacerse sin reafirmar las bases de partida, el territorio propio,

(12) Tratamos algunos ejemplos en “En la encrucijada. El Renacimiento y la era global o el diálogo entre experiencias y expectativas”, *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 73, n.º 275, enero-abril 2017, p. 92, nota 36. Las ideas de Gruzinski en *Para qué sirve la historia?*, Madrid 2018, Alianza, pp. 176-180.

y las relaciones de ese territorio con la cabeza del conjunto o con los agentes de ésta. El territorio no es sólo un espacio, es el espacio y sus gentes, y su historia; es, en términos brunnerianos, una comunidad de derecho territorial: constituirlo, armarlo jurídica e institucionalmente, definirla socialmente, etc. condicionaba de manera esencial la forma de “estar” y participar en las nuevas empresas (en América, o en Italia o en Flandes o en la Corte), y ahí es donde acaban de cobrar sentido las definiciones institucionales, las confirmaciones de privilegios, las declaraciones de hidalguía, etc. Y, por cierto, siempre por escrito.

Y el proceso se realimenta a sí mismo. Porque, al salir, se toma conciencia de la patria de origen, que se añora, cuyas bondades se exageran. Y son los que salen los que más conciencia adquieren de su “nación” de origen o de cómo el idioma les une. Y es entonces y con ellos cuando los sentimientos de pertenencia se intensifican y adquieren nuevos matices. Algo que ya se había comenzado antes —los vascos ya estaban desde hace tiempo en la Reconquista, en Sevilla...— ahora se intensifica y acelera.

¿Es casualidad que los primeros grandes tratadistas de la cultura foral sean gentes desenclavadas o que han vivido una experiencia del desenclavamiento? Creo que no hemos valorado suficientemente el hecho de que algunos de los que más contribuyeron a definir la foralidad vasca en los siglos XVI y XVII —acordémonos de autores como Garibay, Echave, Poza o Martínez de Isasti— fueron esencialmente gente que había vivido esa experiencia de desenclavamiento y fomentaron una visión nada localista de su territorio y comunidad. Varios de ellos vieron rechazadas sus obras en sus territorios de origen y algunos como Garibay acabaron francamente enfadados con su Provincia por lo que entendieron como visión reduccionista y corta de miras.

Otro tanto ocurre con los “espacios” domésticos, las “casas” que, situadas ya en primer plano en el proceso bajomedieval, ahora redoblan su centralidad al encontrar en esos nuevos espacios nuevas formas de “valer más” y cultivar su honor, tanto al servicio de la monarquía como en el engrandecimiento propio. Para esta época, no es cierta la hipótesis de que los emigrantes salen por pobreza y carencia de medios. Como ya demostró hace mucho Arpal, salen como parte de la estrategia familia, para engrandecer la casa propia con nuevas posesiones, honores, privilegios o matrimonios. La movilidad a escala planetaria se convierte así en parte de la estrategia doméstica.

Y para estar en esos nuevos espacios hay que adaptarse a ellos, hay que ser capaces de establecer procesos de comunicación en ellos. Los espacios pueden conectarse por el mar pero ¿cómo? Es ahí donde surgen las “redes”

que se han convertido en un objeto de investigación prioritario en nuestros días. Si en la globalización actual las redes son asunto tecnológico, en la primera globalización las redes fundamentales fueron las tejidas a través del parentesco y/o de la afinidad territorial: tíos y sobrinos, paisanos que se ubican externamente y reclutan a sus familiares o vecinos, guipuzcoanos en la Corte que también trabajan para la “madre” provincia. Todos forman una red en la que la comunicación escrita —el género epistolar— se convierte en medio fundamental de contacto. Y así, el espacio en el que una persona puede moverse, actuar o comunicarse se amplía a escala mundial. Tomemos los dos primeros libros de las “Memorias” de Garibay: al contarnos sus antecedentes familiares y al ubicar espacialmente las peripecias de sus familiares cercanos o lejanos, y las propias, emplea más de 800 topónimos repartidos por la península, evidentemente, pero también por Europa y América, especialmente por ésta. La familia, las redes familiares, ya no son un asunto meramente local a finales del XVI. Y esa realidad continuará siendo palpable en los siglos siguientes. En los estudios que realizó Urrutikoetxea en el Irún del siglo XVIII, el primer círculo en el que se movía la mayor parte de la población no iba más allá de 15-20 km a la redonda; pero el segundo círculo era América u otros territorios externos de la monarquía.

La historia de los territorios y espacios locales dejó de estar encerrada en sí misma. Ya nada podrá ser explicado por fuerzas sólo endógenas. De hecho, también a partir de aquí nacerán nuevas dinámicas de división y conflicto en el seno de las comunidades: apertura frente a enclavamiento o importancia de lo escrito —en castellano— frente a lo oral, conformarán nuevas dinámicas de inclusión-exclusión o al menos de jerarquización interna que acabarán estallando en el XVIII.

El descubrimiento del “otro”

El contacto transforma a todas las partes que entran en el juego, aunque siempre a unas más que a otras. Cuando diferentes partes del mundo entraron en contacto todas resultaron afectadas pero, hay que reconocerlo, ello derivó en procesos de “occidentalización” del mundo y de la manera de ver la historia; de colonización y adoctrinamiento; de desplazamiento de culturas como la china, quizá con mejores condiciones, al menos aparentemente, para haber liderado esta primera globalización. Se inició también una historia de genocidios —buscados o no— y de mestizajes, normalmente impuestos. Del contacto se derivaron enfrentamientos y de las mezclas surgió el levantamiento de nuevas barreras sociales. Evidentemente los europeos no quedaron indemnes y resultaron también afectados por estos procesos, dando lugar a sincretismos

e incluso a fenómenos de alejamiento y rechazo de la patria de origen como ocurrió con los criollos latinoamericanos.

Diarios y Relaciones como la ya mencionada de Urdaneta abundan en todo tipo de descripciones de encuentros belicosos con indígenas, descripciones que hablan tanto de los observados como de los observadores. Así, aunque Urdaneta llegaría a ser nombrado “protector” de los indios en la expedición de Legazpi, en su primera experiencia en las Molucas nos cuenta con toda naturalidad la existencia de esclavos y el trato que se les dispensaba:

“Fui a la fortaleza de los portugueses a demandar dos negros esclavos que se nos habían huido para la dicha fortaleza porque teníamos capitulado que cualquier esclavo o esclava de la una parte a la otra fuésemos obligados a tornarla con todo lo que llevasen”; o

“quemamos en la isla de Gilolo (...) más de treinta pueblos donde tomamos muchos esclavos y esclavas...”; o

“matamos al gobernador del dicho lugar, tomamos en este lugar dos tiros de bronce e muchas mujeres hermosas e con tanto nos volvimos...”¹³.

Las disputas con los portugueses en las Molucas fueron constantes pero los más perjudicados eran los indios, aliados de unos y otros:

“Otras muchas veces que aquí no pongo nos topamos los unos a los otros y hubo cristianos muertos y heridos así de castellanos como de portugueses y muchos indios. Si hubiese de poner todos los recuentros que hemos habido con los portugueses e indios amigos suyos y la destrucción que hemos hecho en lugares de amigos suyos sería para nunca acabar”¹⁴.

En no pocas ocasiones, las treguas entre castellanos y portugueses se rompían matando indios de la parte contraria. Con ocasión de una tregua rota por los lusos, cuenta Urdaneta que, como venganza, “matamos y tomamos muchos indios y así vengamos la injuria pasada”¹⁵.

Pero también podemos constatar otras derivaciones menos negativas en este encuentro —o encontronazo— entre culturas. Por ejemplo, la autocrítica que nace en el mundo occidental ante los resultados de estos contactos, o la aparición de la cuestión del “otro”, aun en su forma más rudimentaria y todavía muy lejana a planteamientos que pudieran tener en cuenta conceptos como

(13) URDANETA, *Relación*, op. cit., pp. 415, 401 y 398 respectivamente.

(14) *Ibid.*, p. 380.

(15) *Ibid.*, p. 374.

el de derechos humanos o el de unidad del género humano. Estas visiones resuenan en la famosa demanda de Fray Antón Montesino en el sermón dirigido a los encomenderos en el cuarto domingo de Adviento de 1511: “Éstos, ¿no son hombres?”. También en las críticas descarnadas de Bartolomé de las Casas, en su defensa de la humanidad de los indios frente a la opinión de un Ginés de Sepúlveda que los consideraba el mejor ejemplo de los “esclavos de la naturaleza” descritos por Aristóteles Y no menos en algunos elementos de los “justos e injustos títulos” argumentados por Francisco de Vitoria.

Nuestros expedicionarios vivieron en primera persona los comienzos de este proceso, y también protagonizaron contactos pacíficos o, al menos, no tan belicosas como los anteriormente expuestos. De hecho, suponen un magnífico ejemplo de la extrañeza, de la curiosidad que en aquellas mentalidades acostumbradas a una división del mundo entre cristianos e infieles, produjo el “descubrimiento” de personas que no entraban en esas categorías —simplemente desconocían la Palabra— y vivían en contextos culturales bien diferentes. La *Relación* de Urdaneta nos vuelve a ofrecer algunos párrafos bien ilustrativos. Por ejemplo, en la descripción de su primer encuentro con los patagones, lleno de curiosidad antropológica:

“Esa dicha tarde vimos en tierra gente e parecía que andaban vestidos de dorado, e luego por ver que gente era enviamos el esquife a tierra e hallaron que eran indios, de los cuales trajeron uno, el cual era muy grande de cuerpo, porque era más alto que ninguno de los de las naos un codo, el cual traía vestido un pellejo de cabra, y en los pies unas abarcas del mismo pellejo y en la cabeza traía unas plumas blancas de ave; el cual dicho indio, como trujesen a bordo, quedó como atónito e nunca le podimos hacer subir a la nao, e asi fue necesario que le echásemos un aparejo para meterlo dentro de la nao, e metido dentro, dieronle de comer e de beber, el cual se holgó mucho con ello, e como probó el vino nunca más quiso beber agua. Asimesmo le dieron, entre otras cosas, un espejo, en el cual hizo tantas cosas de ver su figura dentro del espejo que no hacía más un mono, que verdaderamente creía que algún indio estaba tras el espejo e a veces iba muy quedito a asirlo e como no podía asirle daba las risadas que a tiro de escopeta se oyeran. Después estuvo muy contento e bailó un buen rato e hizo señas que le llevasen a tierra e luego lo llevaron en el mismo esquife, el cual se fue muy contento”¹⁶.

O en la descripción de las costumbres de los habitantes de las islas “de los Ladrones”, las actuales Marianas. Pigafetta ya nos había contado que “los

(16) *Ibid.*, p. 326. La descripción guarda similitudes con la realizada por PIGAFETTA, *Primer viaje*, op. cit., pp. 65-66.

naturales de dicha isla deslizábanse en nuestras naos y robaban aquí una cosa, otra allá...” y que “esa gente es pobre pero es ingeniosa y ladrona por demás, que así llaman a estas tres islas de los Ladrones”. Urdaneta añade que “no tienen ningún género de metal por lo cual son muy aficionados al hierro, en tanta manera que darán todo quanto tienen por cualquier cosa de hierro que corte o horade y si no se lo quieren dar por sus rescates lo apañarán si pueden o arrebatarán y se van con ello huyendo”¹⁷.

Las observaciones llegan también a detalles como la descripción de los demonios de los patagones, realizada por Pigafetta:

“Cuando uno de ellos muere, se le aparecen diez o doce demonios bailando alegres alrededor del cuerpo, muy pintarrajeados. Por encima de ellos surge otro, mucho más grande, gritando y con más algazara aún. El que el demonio se les aparezca pintado es la razón de que se pinten ellos. Llaman al demonio <<Setebos>>; a los otros <<Cheleulle>> [chamanes, hechiceros]. También nuestro prisionero me informó con ademanes, de haber visto al demonio con dos cuernos en la cabeza y pelos largos que le cubrían las piernas, y lanzar fuego por la boca y por el culo”¹⁸.

Para finalizar, todo ello era, por supuesto, exagerado por los expedicionarios a su vuelta. Valga como ejemplo el que comenta Fernández de Navarrete sobre lo que contaban Elcano y los suyos:

“ponderaban la enorme grandeza de la raza patagónica, gigantes de fea catadura (...) los raros trajes y costumbres de los habitantes de las islas que llamaron de Poniente (Filipinas), la ferocidad de los antropófagos, (...) muchos hablaban no sólo de la isla de los pigmeos sino de otra habitada no más que de mujeres, a quienes el contacto del aire fecundaba, y, por fin, añadían que cuando parían un niño lo mataban y cuando niña lo criaban, no permitiendo jamás que hombre alguno se acercase a la isla porque eran guerreras y feroces”¹⁹.

Reflexiones para la segunda globalización (1519 desde 2019)

Decía al comienzo que hablar de la primera globalización sólo tiene sentido desde un interés y preocupación por la segunda. ¿Podemos extraer alguna

(17) Las descripciones de PIGAFETTA en su *Primer viaje*, op. cit. pp. 78 y 80. La de URDANETA en su *Relación*, op. cit., p. 346.

(18) PIGAFETTA, *Ibid.*, p. 69.

(19) FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, E. *Historia de Juan Sebastián del Cano*, Vitoria 1872, Hijos de Manteli, ed. facsímil en Bilbao 1986, Editorial Amigos del Libro Vasco, p. 109.

experiencia interesante del recorrido que hemos realizado? ¿Podemos detectar paralelismos entre las dos globalizaciones? ¿Podemos —a partir de nuestra primera experiencia— constatar que también en la segunda ya se están removiendo parte de nuestras convicciones morales y de nuestras estructuras tradicionales? Nada más lejos de mi intención que aventurarme en territorio que es más de sociólogos, politólogos o filósofos. Tampoco hay tiempo en esta conferencia para ofrecer una comparación detallada, pero permítanme cerrarla con tres reflexiones al respecto.

1. Decía Eloy García que el siglo XV y el momento actual abren y cierran un ciclo histórico en el que se comenzó por aplicar la técnica a la naturaleza y se ha terminado por aplicarla a la vida humana. Y añadía que interesa “tomar referencia de lo que cualitativamente significó tal cambio, porque algo de igual o superior calado está suponiendo hoy la aplicación de la técnica a la vida humana”²⁰.

El impacto de esta aplicación es notable y su alcance todavía impredecible. El cine de ciencia ficción nos ha ofrecido buenos testimonios de los miedos que despierta una aplicación incontrolada de los avances biotecnológicos. En *Blade Runner*, el ser humano es capaz de fabricar “replicantes” indistinguibles de un ser humano —el Hombre ya no sería solo creativo sino que ocupa el trono del Creador— pero en un contexto tan inhabitable que las clases pudientes han abandonado el planeta. En *La Isla* muchos ciudadanos —con recursos— compran clones genéticamente idénticos para prever futuras necesidades de trasplantes. En *Los sustitutos* andan por la calle clones de los seres humanos reales, que permanecen en casa, casi “en conserva” para no dañar sus cuerpos. En *Transcendence*, el personaje que interpreta Johnny Deep —condenado por una enfermedad irreversible— trasplanta su cerebro a una máquina que, a partir del trasvase, comienza a hablar y a pensar aparentemente como él. Esta confusión entre máquinas y vida humana, y hasta la “rebelión” de las primeras, a partir de los logros de la Inteligencia Artificial es también analizada en *Yo, Robot*, *La conspiración del pánico*, y otras muchas películas.

Pero, junto a la ficción y a los miedos latentes, se está rearmando y fomentando desde ámbitos científicos bien financiados un optimismo tecnológico que confía plenamente en que debemos dejarnos

(20) GARCÍA, E. “Estudio preliminar”, en J. G. A. Pocock. *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid 2002, Tecnos, p. 51.

llevar y adaptarnos a ese progreso, porque la tecnología solucionará nuestros problemas futuros sin que para ello tengamos que hacer ningún otro esfuerzo o modificación de nuestros hábitos. Como si ese progreso fuera pura ciencia desprovista de ideología. Por ello, nos invita a eludir el debate sobre nuestros modelos de vida o sobre otros problemas actuales o futuros relacionados con la justicia social. Un destacado exponente de esa manera de pensar como el profesor Anders Sanders —miembro del Future of Humanity Institute de la Universidad de Oxford)— declaraba:

“Una cuestión importante en la perspectiva social del transhumanismo es cuánto debemos preocuparnos de los problemas actuales si los comparamos con las ganancias que podemos obtener en el futuro. Malgastar en el presente todos nuestros recursos disponibles [en solucionar esos problemas] puede significar que muchos riesgos importantes queden sin atender y que perdamos oportunidades importantes”.

Y pone como ejemplo los móviles: de ser juguetes para ricos, se han extendido a los países en desarrollo

“en los cuales tienen un gran impacto en lo que a la pobreza y a la libertad se refiere (sorteando a los monopolios de la información y la carencia de infraestructuras). *Si hubiésemos gastado en solucionar la pobreza los recursos que gastamos en la producción de teléfonos móviles a principios de los noventa, el efecto habría sido mucho menor, y al resto del mundo le habría ido también peor*”²¹.

Es curioso que el mismo Sanders acuda al texto de Pico della Mirandola para justificar sus ideas, aduciendo que del mismo se desprende una capacidad absoluta de la voluntad humana, y olvidando que su propuesta no se entiende si no es en el marco de una reflexión moral. Dicho de otra manera, la capacidad de inventar y progresar que

(21) La cursiva es nuestra. Hay otros comentarios, en la misma dirección. Por ejemplo: “El discurso sobre el clima a menudo asume implícitamente que, puesto que el clima es un problema global de enorme importancia, inmediatamente tiene prioridad sobre otras consideraciones, pero esto sobrevalora su importancia”. Y añade: “el clima sería aún un riesgo existencial entre otros, como la guerra nuclear, las armas biológicas y los impactos de asteroides”, recomendando como solución, no un cambio de nuestro modo de vida, sino “la geoingeniería o el aprender a vivir con un clima transformado”. Estas opiniones y otras de Sandberg pueden encontrarse en DIÉGUEZ, A. “Una mirada al futuro de la tecnología y del ser humano. (Entrevista a Anders Sandberg, por Antonio Diéguez), *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, vol. XX - N.º 2, 2015, 373-390).

Dios concede al ser humano en la *Oratio* de Pico, es “para admirar” su obra, lo cual, indudablemente, introduce unos límites en la centralidad del ser humano y en su capacidad: puede acercarse e imitar lo divino pero no lo alcanzará, ni Pico pretende que lo haga.

Nadie propone que rechacemos todos esos cambios y mejoras tecnológicas pero sí que, si no queremos vernos desbordados por sus consecuencias, modulemos nuestros impulsos a favor de la innovación tecnológica con un similar entusiasmo por la reflexión ética sobre las nuevas ideas, estructuras o dinámicas sociales que ya podemos entrever.

Frente a este optimismo, nos encontramos también con la reacción contraria —muy “postmoderna”— de descreimiento absoluto, de escepticismo total hacia cualquier proyecto racional procedente del ser humano, vistas las consecuencias de los anteriores: Auschwitz, la bomba atómica, los problemas ecológicos...

En medio de ambas posturas, quizá sea la hora de replantearse los contenidos de un humanismo adaptado al siglo XXI, que coloque al ser humano en el centro de sus preocupaciones —no como instrumento de estructuras y procesos macro— y que se replantee con más intensidad los límites morales del desarrollo y del progreso.

2. La primera globalización nos demostró que en períodos de transformación de las percepciones acerca del espacio —cuando los espacios en los que una persona vive o se imagina poder vivir cobran una nueva dimensión— los territorios políticos se reconfiguran y, quizá por ello, se reaviva la necesidad de afirmar unas raíces, unos sentimientos de pertenencia. De la primera globalización partió el camino que condujo a los estados territoriales, a los estados-nación, y me refiero tanto a los que se consiguieron concretar como a los que se plantearon pero no se consolidaron. En la segunda globalización estas reconfiguraciones de la territorialidad nos están afectando en varios sentidos.

Primero, porque, siendo estrictos, la primera supuso más bien una internacionalización de nuestros asuntos mientras hoy la globalización es real, al menos en algunas de sus dimensiones. Hoy, realmente hemos pasado de la posibilidad de comunicarnos a una interdependencia real. De manera que las unidades políticas en las que se configuró entonces el mundo —los estados territoriales— no alcanzan hoy a solucionar muchos problemas que ya son de ámbito global, y por ello hablamos de la crisis de ese estado territorial.

En segundo lugar, porque el espacio real, físico, ha dejado de ser el único soporte de la comunicación. A Elcano le costó dar la vuelta al mundo tres años largos (10/08/1519-6/09/1522), al Phileas Fogg de Julio Verne, 80 días. Nosotros lo hacemos de continuo y tardamos un instante. Estoy seguro de que todos ustedes navegan continuamente aunque no se hayan subido nunca a un barco: el escenario de la navegación no es el mar, sino internet, un escenario virtual, pero que nos permite ir en un “click” a cualquier parte del mundo. Siguiendo con la imagen, la primera globalización permitió conectar mundos y gentes situados a mucha distancia, mientras que hoy estamos permanentemente “conectados”. Si los progresos de la comunicación se miden por la capacidad de superar las distancias y de reducir los tiempos en recorrerlas, la segunda globalización ha llegado al punto de poder prescindir del espacio para generar (algún tipo de) relaciones sociales. Si de la primera globalización y sus progresos derivaron los estados territoriales y, en torno a éstos, la explosión de los sentimientos nacionales ¿sería esperable que de la revolución de las comunicaciones que vivimos no deriven cambios fundamentales en la configuración de los escenarios políticos y en la modulación de los sentimientos de pertenencia? Parece que no, aunque no sepamos ni intuir en qué dirección apunta esta transformación. En todo caso, lo que parece indudable es que no es esperable que el espacio físico siga jugando el mismo rol que antaño como soporte de las relaciones sociales, de los vínculos afectivos y de pertenencia, ni siquiera como clave de las relaciones de poder. Y, aclaro, digo que no jugará el mismo rol, no que no vaya a jugar ninguno.

3. Es curiosa también la posición inversa de Europa en ambas globalizaciones. Si en la primera vivió un proceso de expansión externa junto a otro de división interna, y si con ello arrebató a China su posición de “potencia” más avanzada y nació la concepción eurocéntrica del mundo, ahora el proceso se invierte. Europa quiere unirse, mientras ahora es el mundo el que se le viene encima, en pateras, de la misma manera que países en desarrollo como China parecen cumplimentar una venganza histórica dejando atrás a muchos estados europeos en tanto que potencias económicas. Michel Camdessus comentaba la semana pasada sus diez proyecciones para 2050. En una de ellas nos decía que Francia pasará de ser la 6.^a potencia económica mundial a ser la n.º 14, y que en

ese mismo 2050 el 50 % de la producción mundial provendrá de Asia²².

Y esto también incide en nuestra relación con el “otro”, puesto que ésta ya no se plantea respecto de gentes que viven en el exterior, sino que ahora el “otro” está aquí, vive en la puerta de al lado, compartimos espacio e incluso ciudadanía con él. Es cierto que, al menos en teoría, hoy valoramos mucho más y mejor la pluralidad y la diversidad, pero no está claro que sepamos pasar de la teoría a la realidad, si atendemos a los brotes xenófobos que abundan en toda Europa y Norteamérica. Esperamos no tener que dar una vez más la razón al historiador indio Dipresh Chakrabarty, quien afirma que ante la pregunta de qué hacer con las diferencias culturales e históricas entre grupos humanos, nuestra respuesta por defecto ha sido siempre el racismo²³. De momento, da la impresión de que seguimos haciendo lo mismo que Gruzinsky vio en la primera globalización: mezclándonos a la misma velocidad que levantamos nuevas barreras.

Conclusión

En suma, y a mi juicio, la mirada a esta “primera” experiencia globalizadora nos pone en guardia ante las explicaciones más simplistas de lo que está ocurriendo en la segunda. En ésta, se ha generalizado una imagen según la cual todo lo que nos está ocurriendo deriva de la aceleración del cambio tecnológico; es éste el que nos arrastra, y no nos quedaría sino adaptarnos a él, aceptarlo y acogerlo sin más reflexión. Innovar es aceptar y adaptarse al cambio tecnológico.

Nadie niega la evidencia de la aceleración del cambio tecnológico, ni sus virtudes. Pero nuestra experiencia nos dice que el impacto de un proceso como éste llegará a todos los rincones de nuestra cultura y de nuestro modo de vida: al concepto de ser humano, a la visión de la naturaleza, a la concepción del espacio y de la política, al replanteamiento de los sentimientos de pertenencia... Todo ello exigirá que nuestra reflexión sobre los impactos de estos avances y sobre nuestra capacidad de asimilarlos equilibradamente, esté —sin triunfalismos ni derrotismos— a la altura de las circunstancias.

(22) En conferencia pronunciada en el campus de Donostia-San Sebastián de la Universidad de Deusto el 2 de mayo de 2018 con el título “La escena de este drama es el mundo (Política y globalización)”.

(23) CHAKRABARTY, D. *El humanismo en la era de la globalización*, Buenos Aires 2009, Katz, p. 14.

Bibliografía

- ACHÓN INSAUSTI, J. A. “En la encrucijada. El Renacimiento y la era global o el diálogo entre experiencias y expectativas”, *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 73, n.º 275, enero-abril 2017, pp. 77-101.
- ARPAL, J. *La sociedad tradicional en el País Vasco (el estamento de los hidalgos en Guipúzcoa)*, San Sebastián 1979, Haranburu.
- BECK, U. *¿Qué es la globalización Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona 1998, Paidós.
- BENNASSAR, B. *La América española y la América portuguesa*, Madrid 1985, Sarpe.
- BURCKHARDT, J. *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid 1985, Sarpe.
- CHAKRABARTY, D. *El humanismo en la era de la globalización*, Buenos Aires 2009, Katz.
- CONRAD, S. *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual*, Barcelona 2017, Crítica.
- DA SILVA DIAS, J. S. *Influencia de los descubrimientos en la vida cultural del siglo XVI*. México 1986, Fondo de Cultura Económica, pp. 78-102.
- DIÉGUEZ, A. “Una mirada al futuro de la tecnología y del ser humano. (Entrevista a Anders Sandberg, por Antonio Diéguez), en *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, vol. XX - N.º 2, 2015, 373-390.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. *Carlos V. Un hombre para Europa*, Madrid 1999, Espasa-Calpe.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, E. *Historia de Juan Sebastián del Cano*, Vitoria 1872, Hijos de Manteli, ed. facsímil en Bilbao 1986, Editorial Amigos del Libro Vasco.
- GALLI, C. *Espacios políticos. La edad moderna y la edad global. Léxico de política*, Buenos Aires 2002, Nueva Visión.
- GARCÍA, E. “Estudio preliminar”, en J. G. A. Pocock. *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid 2002, Tecnos, pp. 9-73.
- GARIBAY Y ZAMALLOA, E. de. *Los siete libros de la progenie y parentela de los hijos de Estevan de Garibay [1586-1594]*, ed. dir. por J. A. Achón, Arrasate 2000, Ayuntamiento.
- GERHARD, D. *La Vieja Europa. Factores de continuidad en la historia europea (1000-1800)*, Madrid 1991, Alianza.

- GIL, J. *El Libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón. El Libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, Madrid 1987, Alianza.
- GRUZINSKI, S. *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México 2010, Fondo de Cultura Económica.
- GRUZINSKI, S. *¿Para qué sirve la historia?*, Madrid 2018, Alianza.
- IMÍZCOZ BEÚNZA, J. M. “Por una historia global. Aportaciones del análisis relacional a la Global history”, en A. Ibarra et alii. *Actores sociales, redes de negocios y corporaciones en Hispanoamérica, siglos XVII-XIX*, México 2018, UNAM, pp. 27-57.
- IRIJOA, I. *Gipuzkoa “so color de comunidad”. Conflicto político y constitución provincial a inicios del siglo XVI*, Donostia-San Sebastián 2006, Diputación Foral de Gipuzkoa.
- KOSELLECK, R. *Futuro pasado Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona 1993, Paidós.
- PIGAFETTA, A. *Primer viaje alrededor del mundo*, ed. de Leoncio Cabrero, Madrid 1985, Historia 16.
- SLOTTERDIJK, P. *Esferas II. Globos. Macrosferología*, Madrid 2004, Siruela.
- SLOTTERDIJK, P. “El mundo sincronizado. Aspectos filosóficos de la globalización”, en *¿Qué sucedió en el siglo XX?*, Madrid 2018, Siruela, pp. 53-62.
- SALLMANN, J. M. *Le grand désenclavement du monde. 1200-1600*, Paris 2011, Payot.
- SOLER, I. *El nudo y la esfera: el navegante como artífice del mundo moderno*, Barcelona 2008, Acantilado.
- URDANETA, A. de. “Relación del viaje del Comendador García de Loaisa a las Islas de la Especería o Molucas en 1525, y sucesos acaecidos en ellas hasta el de 1535”, en F. de Uncilla y Arroitauregui. *Urdaneta y la conquista de Filipinas*, San Sebastián 1907, Imprenta de la Provincia, pp. 317-430.
- URRUTIKOETXEA, J. G. “Movilidad poblacional en Guipúzcoa del siglo XVIII”, *Boletín de Estudios Históricos de San Sebastián*, 1982-1983, 16-17 (II), pp. 569-602.